

unir esta suma, el mismo coronel convocó á todos los alcaldes de los pueblos en que había destacamentos, y les hizo prender á medida que fueron llegando; encerrados en una granja, con la mano derecha atada al pie izquierdo, se les anunció que no recobrarían la libertad de sus miembros ni de sus personas hasta haber entregado al coronel cantidades que variaban de 400 á 600 francos, según la importancia del pueblo. Como el pago de alguno de aquellos rescates tardara en hacerse efectivo, varios alcaldes permanecieron tres días y tres noches maniatados en su encierro. Pagáronse al fin todos los rescates exigidos y el regimiento se puso en marcha; pero, antes de partir, la tropa se había apoderado de las caballerías, ganado, trigos y forrajes que quedaban. Algo parecido ocurría en toda Francia, y en presencia de tan odiosos atropellos y de tan múltiples exacciones, muchos campesinos abandonaban sus viviendas, los pobres para refugiarse en los bosques con sus ganados y sus muebles, y los ricos para retirarse á las ciudades. Esto excitaba la cólera de los soldados aliados, que saqueaban é incendiaban las casas desiertas, destruían las plantas y hacían que sus caballos se comieran los trigos.

«La devastación llega á su colmo, decía Fouché al rey en un informe fechado á principios de septiembre y destinado á ser puesto en conocimiento de los soberanos aliados; se arruina, se tala, se destruye, como si no pudiésemos esperar paz ni compasión. Los habitantes huyen ante las tropas indisciplinadas; los bosques se llenan de infelices que buscan allí un postrer asilo. Las mieses van á perecer en los campos; pronto la desesperación cesará de oír la voz de toda autoridad, y esta guerra, emprendida para el triunfo de la moderación y de la justicia, igualará en barbarie á aquellas deplorables y harto célebres invasiones que la historia recuerda con horror.»

Y aquellos sufrimientos é ignominias duraron meses. Gran parte del Este y del centro de Francia sufrían aún, como París, la invasión extranjera á principios del año 1816, y la ocupación de los departamentos del Norte había de prolongarse hasta 1818. Sin embargo, Francia tenía sobre las armas varios cuerpos de ejército diseminados por su territorio, con un total de más de 160.000 hombres y 750 piezas de artillería, sin contar las guarniciones de las grandes fortalezas ni los 30.000 marinos que formaban veinte regimientos de infantería.

El general Clausel, que mandaba las fuerzas de Burdeos, escribió á Davoust proponiéndole un plan de resistencia y un llamamiento al pueblo francés para que se levantara en masa contra la dominación extranjera. Davoust no se tomó siquiera la molestia de leer hasta el fin la carta del comandante general de la Gironda. Sin embargo, en su comunicación, tan notable por su elevación de miras como por su patriotismo, Clausel no exageraba los medios de defensa ni la energía del pueblo francés. La prueba estuvo en que los campesinos de varias regiones y principalmente los de Alsacia, de Lorena y de los Vosgos, aunque abandonados á sus propias fuerzas, trataron de detener la invasión. Vencidos por el número, vieron incendiadas sus viviendas, siendo muchos de ellos conducidos á Wurtemberg, á Baviera y á Prusia como prisioneros de guerra. No faltaba, pues, valor ni patriotismo á las poblaciones rurales; para sostener una lucha formidable, no necesitaba más que una

señal y un punto de apoyo. El ejército del Loira podía dar la una y ofrecer el otro; los soberanos no lo ignoraban y para conjurar el peligro se apresuraron á cubrir con sus tropas la mayor parte del territorio posible, á encerrar el antiguo ejército imperial en medio de un millón ciento cincuenta mil soldados y á exigir su disolución inmediata.

Luis XVIII tenía tanto interés como los aliados en el licenciamiento del ejército, armado aún por la causa nacional, que no era entonces la causa de los Borbones, y los soldados resueltos á sostenerla no eran defensores, sino adversarios de la monarquía. El 16 de julio, ocho días después de la vuelta del rey á las Tullerías, un real decreto pronunció la disolución del ejército y su reorganización completa. Pero no era tan fácil ejecutar aquella doble medida como ordenarla. El ejército del Loira, que aún no se había sometido, seguía ostentando la bandera tricolor. Por consiguiente, el gobierno se creyó obligado á no publicar el decreto de disolución hasta que Davoust hubiese preparado el terreno para llevarla á efecto.

Al salir de París, el príncipe de Eckmühl había dejado en calidad de comisarios del ejército, encargados de servir de intermediarios entre éste y el gobierno, á los generales Haxo, Gérard y Kellermann, cuyas primeras comunicaciones, después de la entrada de Luis XVIII, tuvieron por resultado una proclama de Davoust al ejército, fechada en Orleans á 11 de julio y en que se hallaban reeditadas todas las ilusiones y todas las promesas que habían determinado el abandono incondicional de París sin combate. El generalísimo añadía que «el interés nacional había de unir francamente el ejército al rey.» Cuatro días después, los tres comisarios entregaron al ministro de la Guerra, para que lo pusiese en manos de Luis XVIII, un mensaje en que el ejército presentaba al rey su sumisión absoluta.

Sin embargo, el ejército ignoró de pronto aquel paso, que implicaba el abandono de la escarapela tricolor. Hasta el 17 de julio no anunció Davoust á sus tropas la sumisión presentada en nombre de todos por los generales Kellermann, Gérard y Haxo. El ejército murmuró, pero sin dejar de obedecer.

«Los aliados se burlarán de vosotros, y pronto derramaréis lágrimas de sangre,» había dicho Napoleón á sus ministros y á sus principales generales al bajar del trono. El pronóstico se realizó más pronto de lo que calculaba sin duda el emperador. Diez días después de la sumisión del ejército del Loira, un real decreto vino á sembrar entre sus jefes la consternación y el asombro.

Los soberanos, sus generales y sus ministros manifestaron su sorpresa de que no se procediese á la persecución y castigo de las personas complicadas en los acontecimientos de los últimos cuatro meses, quejándose de que aún no se hubiese procesado á un solo general. Según ellos, el interés de la monarquía, como el de toda Europa, exigía el castigo ó el destierro de los cómplices de Napoleón. «Si os asusta el número, les mandaremos á la Siberia,» decían los oficiales rusos. «Si no se castiga á todos los jefes de la insurrección, añadirán los representantes ingleses, la tranquilidad de Europa no durará un año.» Los realistas franceses, parte de la prensa de París y hasta los periódicos ingleses y alemanes unieron su voz á la de los aliados para reclamar garantías y

castigos ejemplares. Era de esperar que el compromiso contraído quince días antes por Luis XVIII en su manifiesto de Cambrai, de «perdonar á los franceses extraviados,» hiciese desechar aquellas apasionadas reclamaciones. El ministerio encargó á Fouché que las calmase, demostrando las dificultades y la inutilidad de los castigos, y el duque de Otranto transmitió á los ministros

acción que había cometido después del atentado del 3 de Nevo, se encargó él mismo de designar los proscritos y entregó el día siguiente á sus colegas una lista de ciento diez nombres, en que figuraban generales, ex ministros y diputados que habían intervenido de la manera más opuesta en los sucesos de los Cien días; hombres que no habían vuelto á aparecer en la escena polí-



Luis XVIII

de las cuatro grandes potencias una memoria en que demostraba que la vuelta de Bonaparte no fué el resultado de ningún complot, que no había medio de designar á los culpables, que toda persecución resultaría odiosa, que tan inútiles venganzas se imputarían únicamente al rey, y que si querían desembarazarse de ocho ó diez individuos, pues apenas llegarían á tantos los peligrosos, bastaba un aviso de la policía para lograr tal objeto sin destruir la seguridad ni comprometer la clemencia. Los ministros contestaron que sus soberanos no admitían demora y que exigían castigos ejemplares; y entonces, por una de esas cobardes condescendencias que tan á menudo marcan la carrera de los ambiciosos y de los políticos faltos de moralidad, Fouché quiso al menos hacer redundar en provecho de su adhesión y fidelidad á los Borbones el acto que acababa de declarar inútil, impolítico y odioso; y repitiendo la infame

tica desde el Consulado; otros que habían cesado en todo servicio activo desde 1814; otros, en fin, absolutamente desconocidos, que no habían figurado jamás en ningún acto político de importancia. La inclusión de éstos en la lista ¿fué dictada por un espíritu de venganza personal? ¿Eran oscuros cómplices que Fouché sacrificaba? Una y otra cosa se dijo. Al ver la insignificancia de aquellos hombres, Talleyrand no pudo menos de exclamar: «Duque de Otranto, me parece que vuestra lista contiene muchos inocentes.» En cambio, Fouché había inscrito en ella á los generales que conspiraban con él, en el momento en que Napoleón volvía de la isla de Elba, en favor del duque de Orleans; á los que él mismo había lanzado á la refriega militar del 11 de marzo, que le valió la cartera de la policía imperial; á la mayor parte de los ministros y altos empleados que habían servido con él y á sus órdenes; á los individuos más influyentes

de la Cámara de representantes que le había dado el poder, y hasta á Coulaincourt y á Carnot, los más dóciles de sus antiguos compañeros del gobierno provisional. Fué tal la increíble ligereza con que aquel hombre indigno apuntó nombres en la fatal lista de muerte ó destierro, que al preguntarle un antiguo é íntimo amigo suyo, el inofensivo académico Arnoult, por qué razón le había inscrito, contestóle: «¡Eh!, ¿qué quieres?, hacían falta nombres y la letra inicial te designó.» Por un contraste que sólo explica la ausencia completa de sentido moral, la misma mano que escribió aquella lista de proscipciones firmaba pasaportes para los proscritos, facilitando á algunos, de fondos secretos de la policía, el dinero necesario para su expatriación. Y lo que acaba de pintar el carácter ligero y voluble de Fouché es que viejo, achacoso y gastado, preparaba en aquel entonces las fiestas de un segundo matrimonio con una bonita joven de la aristocracia, la señorita de Castellane.

La lista de Fouché provocó numerosas reclamaciones de parte del Consejo de ministros, que borró de ella á muchos amigos del gobierno, quedando reducida á ochenta nombres. A su vez tuvieron sus protegidos los monarcas extranjeros y el propio Luis XVIII, que borró el nombre de Benjamín Constant. El emperador de Rusia hizo eliminar el de Coulaincourt y trasladar á la segunda categoría al general Piré, que estuvo desde luego inscrito en la primera. Al fin no quedaron alistados más que los jefes militares más comprometidos en la vuelta de Napoleón y los hombres que no pudieron ó no quisieron solicitar ninguna de las intervenciones influyentes. La lista fué cerrada en consejo de ministros, y el 24 de julio, Fouché envió al *Monitor* la siguiente real orden:

«Queriendo, por medio del castigo de un atentado sin ejemplo, pero graduando la pena y limitando el número de los culpables, conciliar el interés de nuestros pueblos, la dignidad de nuestra corona y la tranquilidad de Europa, con lo que debemos á la justicia y á la entera seguridad de los demás ciudadanos sin distinción;

»Hemos declarado y declaramos, ordenado y ordenamos lo que sigue:

»ARTÍCULO 1.º Los generales y oficiales que hicieron traición al rey antes del 23 de marzo, ó que atacaron la Francia y el gobierno á mano armada, y los que, por medio de la violencia, se ampararon del poder, serán presos y sometidos á los consejos de guerra competentes, en sus divisiones respectivas, á saber:

»Ney, Labédoyère, Lallemand el mayor, Lallemand el menor, Drouet-d'Erlón, Lefebvre-Desnouettes, Ameil, Brayer, Gilly, Mouton-Duvernet, Grouchy, Clausel, Laborde, Debelle, Bertrand, Drouot, Cambronne, Lavalette, Rovigo.

»ART. 2.º Los individuos cuyos nombres siguen, á saber:

»Soul, Alix, Exelmans, Bassano, Marbot, Félix Lepelletier, Boulay (de la Meurthe), Méhéé, Freyssinet, Thibeaudeau, Carnot, Vandamme, Lamarque (general), Lobau, Harel, Piré, Barrère, Arnault, Pommereul, Regnault (de San Juan de Angély), Arrighi (de Padua), Dejeán hijo, Garrau, Réal, Bouvier-Dumolard, Merlin (de Douai), Durbach, Dirat, Defermon, Bory de Saint-

Vincent, Felix Desportes, Garnier (de Saintes), Hullin, Mellinet, Cluys, Courtin, Forbin-Janson, hijo mayor, Lelorgne-Dideville, saldrán en el término de tres días de la ciudad de París, y se retirarán al interior de Francia, en los sitios que nuestro ministro de Policía general les designe, y en donde permanecerán bajo su vigilancia hasta que las Cámaras resuelvan acerca de los que deban salir del reino ó ser entregados á la persecución de los tribunales.

»ART. 3.º Los individuos que sean condenados á salir del reino podrán vender sus muebles y propiedades en el plazo de un año; disponer de ellos y transportar su producto fuera de Francia, y recibir, durante ese tiempo, lo que renten, en países extranjeros, probando, empero, su obediencia á la presente orden.

»ART. 4.º Las listas de los individuos á quienes pudieran ser aplicables los artículos 1.º y 2.º quedan cerradas con las designaciones nominales contenidas en estos artículos, y no podrán hacerse jamás extensivas á otros por ninguna causa ni pretexto, como no sea en las formas y con sujeción á las leyes constitucionales, que no se derogan expresamente más que para este solo caso.

»Firmado: LUIS.

»Por el rey, el ministro secretario de Estado en el departamento de la Policía,

»DUQUE DE OTRANTO.»

La declaración formal y precisa de este último artículo parecía imposibilitar nuevas proscipciones; sin embargo, no resultó más que un nuevo engaño, pues la real orden fué el principio de la más furiosa reacción.

No todos los hombres que Fouché condenaba así al destierro, á la ruina, á la muerte, habían mostrado igual inteligencia ni igual firmeza hasta lo último. Algunos de ellos habían perdido toda sangre fría después de Waterlloo y ayudado poderosamente al éxito de la invasión, unos sembrando el terror en el seno de los poderes públicos y aconsejando ó exigiendo la abdicación, y otros haciendo acordar el fatal convenio de Saint-Cloud. Regnault, Durbach, Thibeaudeau, Merlin, Félix Desportes, el mismo duque de Bassano, ¿no eran los que más habían insistido en que Napoleón entregase su espada á las dos Cámaras y al duque de Otranto? ¿Quién había desplegado, para el llamamiento de Luis XVIII y la entrega de París á los ingleses y los prusianos, mayor ardor y complacencia que los generales Soult y Grouchy, Carnot y Vandamme? Sin duda la mayor parte de los hombres que acabamos de citar tenían severas cuentas que rendir; pero si Francia podía acusarles con justicia de haber facilitado el triunfo de los aliados y precipitado la caída de su independencia, ¿tocaba á los Borbones el castigarlos? La conducta de la Restauración fué contraproducente; como la real orden de 24 de julio fué impuesta por los aliados á un poder que les debía su triunfo, sus rigores cubrieron con una especie de amnistía varios nombres de los comprendidos en la fatal lista; la persecución hizo olvidar las faltas, y los culpables, á los ojos de los contemporáneos irritados, se convirtieron en víctimas ó mártires.

La mayor parte de los generales proscritos se encon-

traban en el ejército del Loira. Todos hubieran podido combatir y dictar condiciones en vez de recibirlas; y, sin embargo, no vacilaron un momento en aconsejar la capitulación, en aceptarla, en paralizar la resistencia de sus oficiales y la cólera de sus soldados; tal era su confianza en un completo olvido de lo pasado, y su fe en las formales y repetidas promesas de Fouché y Davoust. ¿De qué actos podía acusarles el gobierno del rey, que Fouché, como jefe del gobierno provisional, y Davoust, como ministro de la guerra ó generalísimo, no les hubiesen mandado? Y de estos dos hombres, el uno, ministro de la Policía de Luis XVIII, les desterraba, y el otro, mantenido al frente del ejército, escapaba á la proscipción.

Varios de los proscritos evitaron la prisión ó la muerte huyendo y expatriándose; otros fueron condenados á la pena capital, y algunos de éstos vieron conmutada su pena en reclusión perpetua. Labédoyère, Ney y Mouton-Duvernet fueron pasados por las armas; mientras que Davoust, instrumento de todas aquellas desdichas, conservó sus títulos, honores y pensiones, y la monarquía restaurada no tardó en recompensar con la dignidad de par de Francia sus servicios prestados bajo el gobierno provisional.

Difícilmente podía el príncipe de Eckmühl continuar al frente del ejército, en medio de las víctimas que había causado con sus torpezas, falsedades y traiciones. Comprendiólo así y presentó su dimisión, que le aceptó el gobierno. El general Macdonald, su sucesor, trasladó á Bourges el cuartel general del ejército y anunció que, á fin de aliviar á los habitantes de la carga de los alojamientos militares, iba á extender las fuerzas armadas: medida que fué el principio de la disolución. Brigadas y divisiones fueron dislocadas; los regimientos de un mismo cuerpo ó de una misma arma se encontraron dispersos á grandes distancias unos de otros, y hasta los escuadrones de ciertos cuerpos fueron desparramados. Rota ya toda conexión, se dió publicidad á la real orden referente á la reorganización del ejército, y se procedió al licenciamiento de tropas por destacamentos y por regimientos, á fin de dividir las reclamaciones y aislar las resistencias.

En tanto que dos antiguos jefes de los ejércitos republicanos é imperiales, el uno como ministro y el otro como general, se ocupaban de este modo en hacer desaparecer el último ejército del Imperio, la artillería de las potencias coligadas se esforzaba en hacer rendir las plazas y las fortalezas, últimos refugios de la independencia francesa, que el valor de sus guarniciones mantenía aún en pie en medio del territorio invadido. La bandera tricolor, sostenida por las manos de algunos soldados valientes y pundonorosos, seguía flotando en los muros como una postrer protesta contra el rebajamiento de la patria. Ninguna de aquellas plazas abrió voluntariamente sus puertas al enemigo; todas contestaron con sus cañones á las intimaciones de los aliados. Las plazas de primer orden, como Metz, Estrasburgo y Lila, no tuvieron necesidad de defenderse, porque el enemigo, no atreviéndose á atacarlas, se contentó con su bloqueo. En cambio, Arrás, Condé, Valenciennes, Maubeuge, Avesnes, Landrecies, Quesnoy, Rocroi, Mezières, Givet, Marienburgo, Landau, Longwy, Thionville, Montmedy, Auxonne, Grenoble, todas las demás

plazas del Norte y del Este fueron vigorosamente atacadas y se defendieron con energía. Algunas redujeron el enemigo á contentarse con su sumisión á Luis XVIII y la substitución de la bandera tricolor por la blanca. Las que sucumbieron hicieron pagar cara su derrota. Longwy, por no citar más que un ejemplo, sin más guarnición que sus habitantes y 600 guardias nacionales, se defendió durante cerca de tres meses contra 24.000 prusianos. Hubo nobles rasgos de heroico patriotismo en muchos individuos y en poblaciones enteras. Un abogado de Metz, llamado Frantz, invirtió 200.000 francos, que constituían toda su fortuna, en armar, equipar y sostener uno de los valientes cuerpos francos del Mosela, de que era capitán. Un fuerte de los Alpes, falto de guarnición, iba á caer en poder del enemigo, cuando los habitantes de Saint-Chaffre, pueblecito inmediato, fueron á encerrarse en él, hombres y mujeres, niños y ancianos. El enemigo invadió las casas desiertas, amenazando con prenderles fuego si las familias no volvían á sus hogares. Y aunque aquellas casas constituían toda la fortuna de sus dueños, los bravos aldeanos contestaron con el grito de ¡Incendia! El fuego devoró efectivamente la pobre aldea, pero en el fuerte siguió tremolando la bandera tricolor.

El licenciamiento del ejército del Loira y de las guarniciones de las plazas fuertes terminó en el mes de noviembre, sin que tan doloroso sacrificio fuese acompañado más que de un solo acto de resistencia, realizado por la guarnición de Estrasburgo que mandaba el general conde Rapp. Hacía tiempo que esta guarnición no recibía sus pagas. A la noticia de que por orden del gobierno cada soldado iba á ser licenciado aisladamente sin dinero y sin armas, exaltáronse los ánimos. En la mañana del 2 de septiembre, una numerosa comisión de sargentos se presentó al general en jefe, preguntándole respetuosamente si las tropas iban á recibir las pagas atrasadas, y se enteró de que no había fondos para ello. Los sargentos se retiran, conferencian en la plaza de armas y entran luego en sus cuarteles. Momentos después, todos los regimientos se ponen sobre las armas y proclaman general en jefe al sargento Dalhousie, quien asume el mando y sustituye por sargentos, cabos y soldados los oficiales generales de la guarnición, los oficiales superiores y los simples oficiales de cada regimiento. De orden suya colócanse fuertes piquetes en todas las puertas de la ciudad, con prohibición de dejar salir á nadie; otros se dirigen al arsenal, ante la casa del tesorero y habilitado de la división; la de Rapp es cercada de tropa; colócanse seis piezas de artillería, cargadas de metralla y con la mecha encendida ante la entrada principal; la plaza de armas es cubierta de cañones y morteros; en una palabra, Estrasburgo es bloqueado por su guarnición; todas las comunicaciones con el exterior son bruscamente interrumpidas. Una orden firmada por la guarnición y fijada en todos los sitios públicos no tardó en explicar el objeto de aquel movimiento; la guarnición declaraba que no depondría las armas ni dejaría el paso libre á los habitantes hasta que le hubiesen entregado las pagas que se le debían.

Todas las cajas públicas estaban exhaustas; reunióse el Municipio é impuso á los habitantes un empréstito forzoso de unos 700.000 francos, con obligación de en-

tregar las cuotas en toda la mañana del día 4. Durante aquellos dos días la agitación no existió más que en el interior de las casas; en el exterior no cesó de reinar el orden más absoluto. Patrullas de infantería y de caballería recorrían las calles día y noche, sin permitir ninguna aglomeración de gente ni el menor grito; todo soldado sorprendido en estado de embriaguez era inmediatamente arrestado. El servicio de todas las armas se hacía como de ordinario; hasta la vigilancia de los retenes exteriores, frente á los puestos de guardia de las tropas aliadas que tenían bloqueada la plaza, era objeto de una severidad poco común. Hubiérase dicho que los sargentos y soldados improvisados jefes de compañía, de batallón, de regimiento y de cuerpo de ejército hacía años que desempeñaban los empleos de capitanes, comandantes, coroneles y generales que se les acababa de confiar. A las doce del día 4 fueron entregados los 700.000 francos. Por la tarde, los furrieles de todas las compañías, provistos de los libros de contabilidad de cada cuerpo de ejército, hicieron la distribución de aquellos fondos, empezando por los oficiales y acabando por los soldados, sin excluir á los generales. Después de aquella operación, llevada á efecto con el mayor orden y regularidad, otro bando firmado por la *guarnición* anunció que las tropas estaban satisfechas. Cada regimiento acudió luego á la plaza de armas y desfiló, al son de la música militar, ante Dalhousie y su estado mayor improvisado. Terminado el desfile, retiráronse los retenes, metiéronse los cañones en los parques, abriéronse las puertas de la ciudad y restableciéronse las comunicaciones; los oficiales de toda graduación volvieron á hacerse cargo de sus mandos y pudo operarse el licenciamiento.

Bajo la antigua monarquía, los males originados por la guerra eran á menudo menos grandes para las poblaciones que los desórdenes producidos por el licenciamiento de las tropas. Compuestas en gran parte de mercenarios que ningún apego tenían al país y para quienes el oficio de las armas era la independencia y la libertad, aquellas tropas, en la inacción, continuaban su vida de saqueo, siendo el azote de campos y poblaciones. Por un contraste que honraba al nuevo estado social, en 1815 se vió el licenciamiento de un ejército de 200.000 hombres sin el menor tumulto ni el menor desorden. Hijos de propietarios, agricultores, artesanos ú obreros del país, los soldados de aquel patriótico ejército volvieron al hogar paterno con el pesar de la gloria nacional eclipsada, de la grandeza perdida y con el profundo resentimiento del triunfo del extranjero. Aquella rabia que rugía en el fondo de todos los corazones había de seguir á la generación militar y á la juventud de 1815 á través de los años venideros; la segunda Restauración sintió más de una vez sus sacudidas, y quince años más tarde hizo explosión en las jornadas de julio.

Para los soberanos aliados, la disolución del ejército del Loira era el preliminar obligado de las transacciones políticas que habían de decidir de la suerte de Francia; no querían tratar con el nuevo gobierno sino después de haberle desarmado. Por esto habían transcurrido cerca de seis semanas desde la vuelta de Luis XVIII á las Tullerías, sin que se hubiese pronunciado la palabra *negociación*. Los ministros extranjeros, sin embargo,

no habían perdido el tiempo; cada día habían celebrado conferencias secretas, discutiendo los sacrificios imponibles á Francia. Talleyrand, que asumió la dirección exclusiva de las relaciones diplomáticas con los aliados, trataba de neutralizar aquellos conciliábulos amenazadores, esforzándose en desunir por segunda vez á los coligados y en conjurar, mediante tratados particulares, las disposiciones desfavorables que cada potencia podía aportar á un tratado general. Seis meses atrás, en Viena, un trabajo análogo tuvo por resultado el tratado secreto del 3 de enero; pero las circunstancias eran muy distintas; las cuestiones que entonces dividían á las cuatro grandes potencias se hallaban ahora resueltas y todas cuatro no tenían más que un interés común, el de debilitar á Francia, y una misma voluntad, la de tomar fuertes precauciones contra todo nuevo esfuerzo de la Revolución armada.

Rusia era la única que podía encontrar motivos de moderación en su situación geográfica y en la necesidad de hacer contrapeso al engrandecimiento desmedido que daban á Prusia y á Austria los tratados de 1814 y el reciente de Viena. A Rusia le convenía, por tanto, que Francia no dejase de ser grande y fuerte, y los Borbones debieron de buscar su alianza. Pero ningún gabinete tenía tantos motivos de queja como el de San Petersburgo contra la diplomacia y los diplomáticos de la Restauración. Los últimos acontecimientos aumentaron aún más el resentimiento de Alejandro; no era un ejército ruso el que acaba de vencer á Napoleón, sino un ejército inglés; el nombre del czar era sustituido en los boletines de victoria por el del inglés Welling-ton; y la influencia de este general y de su gobierno dominaba sobre todo desde la jornada de 18 de junio en los consejos de Luis XVIII. El descontento de Alejandro se manifestó desde el día después de su llegada á París. Dijimos que, para granjearse la voluntad de este soberano, Talleyrand reservó la cartera del Interior á su ayudante el general Pozzo di Borgo y dió el ministerio de la real casa al duque de Richelieu; el general Pozzo se vió obligado á rehusar aquella cartera, y el señor de Richelieu, que llegó de Bruselas pocos días después que el czar, declinó el cargo ministerial que se le había conferido. Talleyrand creyó neutralizar los efectos de aquella irritación aumentando sus atenciones significativas con los representantes de Inglaterra. El 25 de julio, al anunciar al gobierno real que se había levantado el bloqueo de los puertos franceses, lord Castlereagh, en una nota completamente ajena á las negociaciones que Talleyrand esperaba con impaciencia, decía «que su corte le había ordenado que llamase la atención del rey de Francia sobre el comercio de esclavos, esperando que ese monarca, tan noblemente restablecido en el trono, se apresuraría á mantener la abolición de la trata sin reserva ni restricción.» El 30, Talleyrand contestó «que el rey había dado órdenes para que de parte de Francia cesase desde luego aquel comercio en todas partes y para siempre; la abolición de la trata no se oponía á los deseos de sus súbditos, y que, por consiguiente, la satisfacción de Su Majestad aumentaba á la idea de poder hacer algo que fuese grato al pueblo inglés.»

Pero estas filantrópicas declaraciones envueltas en cumplidos mal podían calmar las apasionadas iras que

movían á las demás potencias coligadas contra Francia. Inglaterra no tenía más que su voto en el consejo común, voto equívoco, pues dejaba á sus aliados discutir sin oposición planes de desmembramiento que tendían á quitar á la nación francesa nada menos que la quinta parte de su territorio. Los pequeños Estados fronterizos eran los que más ávidos se mostraban. Los Países Ba-

«Desde hace siglos, decía el representante austriaco, Francia ha tenido por sistema constante el aumentar el número de sus fortalezas y disminuir, por medio de la demolición ó la conquista, las fortalezas de sus vecinos; á ese sistema, que le proporcionaba todas las ventajas de la ofensiva y de la defensiva, debió sus primeras victorias. Tiene tres líneas de plazas fuertes; se puede



El príncipe de Metternich

jos reclamaban como anejos á Bélgica los departamentos formados por el antiguo Hainaut, Flandes y el Artois; los diferentes Estados de la Confederación pedían que todos los departamentos que formaron parte del antiguo imperio de Alemania, como la Alsacia y el Franco-Condado, fuesen reunidos á la Germania; Prusia quería extender sus fronteras hasta la Champaña; Cerdeña reclamaba la Saboya y varios distritos franceses limítrofes; Austria, en fin, exigía la Lorena, y su representante, Metternich, era el que en las conferencias se encargaba habitualmente de indicar y motivar los sacrificios que la coalición victoriosa había de imponer á Francia.

exigir, pues, razonablemente, que abandone la primera línea de esas plazas; con las dos líneas restantes será aún la potencia más redondeada y mejor defendida de Europa. La cesión de esa primera línea es tanto más necesaria, cuanto que la mayor parte de los Estados vecinos carecen de recursos para subvenir á los gastos enormes de construcción de cierto número de fortalezas, y que ese es para ellos el único medio de poseer las plazas que necesitan para su defensa.»

A instancias de Talleyrand, el duque de Wellington consintió en entregar á la conferencia una nota en que exponía que de las medidas propuestas por Austria, Prusia y los Países Bajos resultaría un notable desarre-